

INTRODUCCIÓN

Lector de tabaquería

En Cuba, la profesión del lector de tabaquería nació y se proyectó como medio para elevar el nivel cultural de los tabaqueros. Estos operarios surgieron y se desarrollaron en íntima relación con las transformaciones sociales de la clase obrera desde épocas de la colonia y, específicamente, con el surgimiento de las ideas independentistas y de mejora del nivel cultural e intelectual del gremio tabaquero, que originó una nueva concepción de *Patria* y un cambio en la vida laboral.

Los lectores de tabaquerías comenzaron su labor pagados mediante una modesta cuota semanal entregada por los trabajadores. El Presidente de Lectura cobraba esta especie de cotización todos los sábados. Éste se quedaba con un porcentaje del total que se recaudaba, pues se consideraba que para llevar a cabo como era debido el cargo, debía descuidar un tanto su trabajo principal.

En sus inicios, la lectura se realizaba por los trabajadores designados que se turnaban cada cierto tiempo. Pero pronto, la lectura por tur-

nos dejó de prevalecer y el cargo de lector lo ocupó la persona que ganó esta plaza por oposición. Por medio del Presidente, se hacía una votación puesto por puesto y se sacaba por la mayoría. Por lo general, era una persona instruida y educada a quien se le dispensaban grandes atenciones.

El lector debía poseer las aptitudes necesarias: tener voz clara y pronunciación correcta, ser lo suficientemente culto para poder interpretar cuando leía o, en muchas ocasiones, evacuar las dudas o servir de árbitro en discusiones sobre materias históricas, literarias y hasta científicas. Para probar sus aptitudes, el nuevo lector, por lo regular, debía pronunciar un discurso que ocupara la atención y la voluntad de los obreros.

En su libro *Léxico Tabaquero Cubano*, José E. Perdomo, explica:

El lector de tabaquería es un operario de todas las fábricas de tabaco. Éste, desde una plataforma o tribuna preparada al efecto, lee a los obreros mientras trabajan; los periódicos del día, las revistas de mayor circulación y libros que le son indicados por los propios obreros. El lector, ilustrándolos, los ha convertido en una clase obrera con cualidades y condiciones excepcionales: dándoles más luz y forjando en ellos, en esta comunión de cultura, nobles ideales comunes que abrazaron con fe y entusiasmo sin límites. El taller de tabaquería

es como una cátedra. Su democrática y voluntaria autoeducación (se refiere a los tabaqueros) es un fenómeno característico de esta clase obrera, que tanto contribuyó a la lucha por nuestra independencia. Esta tribuna de lectura fue, además de educación de los obreros, exposición de ideales.

Inicios de la actividad

Tal parece que en Cuba, la idea de acompañar el trabajo con la lectura le pertenece a un viajero español ajeno a la industria del tabaco: Jacinto de Salas y Quiroga. Éste arribó a la isla en los últimos días del mes de noviembre del año 1839, procedente de Puerto Rico abordo de la fragata española *Rosa*. Meses después, Salas y Quiroga publicó un libro, donde relató sus impresiones de aquel viaje.

Seward entró en el salón donde trabajaban los obreros en el momento en que, colocado en medio del océano de individuos profundamente callados, el lector dejaba oír la eufonía de su acento que transmitía al corazón de los oyentes el aura evangelizadora de que está animada una de las mejores obras de Fernández y González.

Así comenzó el tradicional rito para iniciar la lectura que luego fue seguido por todos los talleres: el Presidente de la Lectura, un tabaquero elegido al efecto con el máximo rigor, agitaba una campanilla para imponer silencio absoluto. El lector subía a la tribuna situada en el lugar

más conveniente de la parte central de la galería, se sentaba y anunciaba lo que leería. Las obras literarias variaban en contenido y calidad, en dependencia de lo elegido por la mayoría del taller, ya que no era el lector el que determinaba lo que iba a leer, sino los tabaqueros.

Lectura en las tabaquerías de la República

La actividad, con una duración de ciento ochenta minutos diarios, se dividía en cuatro turnos de cuarenta y cinco minutos cada uno: dos en la mañana y dos en la tarde. En los turnos vespertinos se leían novelas, clásicos de la literatura y, sobre todo, libros con fuerte contenido referente a las luchas sociales y los movimientos proletarios. En esas horas, los tabaqueros se instruían, aprovechaban las obras para saciar su ansia de ilustrarse y valoraban a las lecturas como el importante medio que tenían para aprender y formarse como clase social.

La lectura en las tabaquerías en el periodo posrevolucionario

Tradicionalmente, la lectura en las tabaquerías fue una labor reservada a los hombres; en la historia, la presencia de la mujer se registraba en aislados casos. Pero con la creciente incorporación de ésta al trabajo y su integración a todas las tareas de la revolución, se inició la lectura con voces femeninas, cambio que fue bien re-

cibido por los tabaqueros. Ellos reconocieron en las mujeres la paciencia, disciplina y sacrificio que se requiere en la actividad de leer. Por otro lado, el bajo salario inicial de la profesión hizo que los lectores ocuparan plazas de más remuneración; así se adentraron las mujeres en las lecturas de la tabaquerías y hoy representan la mayoría en el oficio.

La comisión de lectura exige al lector el uso de su carné dentro y fuera del centro; sugiere iniciativas que enriquezcan el trabajo del lector; propone a los trabajadores en asamblea la música que se escuchará; busca una compatibilidad entre las generaciones existentes; y supervisa que, entre turnos de lectura, se difundan informaciones, telenovelas y música para que no quede un espacio vacío que pierda el efecto de cultivar la inteligencia de los obreros.

Aunque el proceso de la lectura ha perdido parte de su tradición, se trabaja para reincorporar la costumbre de que exista un Presidente de Lectura que toque la campanita al inicio y al final de la actividad con el fin de mantener el respeto y la disciplina que la lectura merece.

En la actualidad, el objetivo principal de la lectura es enseñar y cultivar intelectualmente a los trabajadores, es decir, dignificar su condición de clase obrera. En medio de la Batalla de Ideas, el objetivo se ha ampliado a “enriquecer la espiritualidad de la clase obrera tabacalera orgullosa de sus lectores”.

Curiosidades

Es una tradición que, si los trabajadores quedan satisfechos con la labor del lector de tabaquería, suenan contra las mesas a modo de aplauso sus *chavetas* (cuchillas planas de metal con la que cortan la hoja del tabaco), pero si están insatisfechos, entonces tirarán al suelo dicha herramienta.

Se le atribuye a las lecturas de las novelas *El Conde de Montecristo* de Alejandro Dumas, así como a *Romeo y Julieta* de William Shakespeare, el haberle adjudicado tales nombres a *vitolas* (medidas de calibre o formas de puros devenidas en marcas cubanas) que han alcanzado fama mundial. La primera de esas obras de la literatura universal se dice que fue una de las favoritas, cuya lectura pedían los trabajadores torcedores de las fábricas de puros cubanos.

La del lector de tabaquería es una labor que entretiene y eleva el nivel cultural de quienes lo escuchan cada día. A través de una voz con rostro conocido, ellos están al tanto de las últimas noticias nacionales o internacionales y de la mejor la literatura universal y cubana, además de otras opciones de interés del sector.

Justo no imaginaba que la decisión de abandonar el piso en la ciudad y adquirir una vivienda más amplia en las afueras —rodeada de jardín además de una espaciosa parcela de terreno— le acarrearía tantas complicaciones. Deseaba complacer a su familia y que su mujer e hijos vivieran más desahogados. También significaría, aunque en ningún caso hizo mención a ello, un indudable ascenso social. Sería inaugurada con una gran fiesta, en la que estarían invitados algunos de sus antiguos vecinos y, en particular, los de la nueva urbanización. Había escuchado decir en reiteradas ocasiones a su esposa Rebeca lo estupendo que sería poseer una casa como la adquirida por una antigua vecina, que no cesaba de hacerle ver las bondades de su traslado, y de que utilizara, si fuera preciso, todas sus dotes de persuasión hasta lograr convencer a su marido.

Y Justo, que ya se encontraba convencido de antemano, acogió sus interesadas indicaciones de buen grado, llegando a imprimir la máxima celeridad a las gestiones para la adquisición

de la nueva vivienda. Argumentaba el fructífero momento económico del que disfrutaban y la atractiva oferta de la inmobiliaria, que les ofrecía una propiedad que se ajustaba plenamente a sus gustos y necesidades. Lo aconsejable era actuar con prestancia, le advirtió a su cónyuge, ya que la finca era más que apetecible y otros posibles compradores ya habían mostrado interés.

En apenas dos meses, se consumó el traslado de la familia al nuevo domicilio. Periodo agitado sin duda, que obligó a la dueña de la casa a multiplicar sus esfuerzos. La vivienda cumplía la mayoría de sus expectativas, por lo que solo fue necesario acometer algunos retoques de escasa relevancia. Lo que sí originó en ella enorme ilusión fue la inmediata aceptación de su esposo a no acoplar los muebles antiguos que tenían en la nueva casa, se mostró de acuerdo en aquello de que a lo nuevo, le corresponde algo nuevo, diferente. Se sintió dichosa cuando, en compañía de Clara, su hermana menor, empleó numerosos días en la elección de lámparas y cortinajes y sobre todo en los accesorios de los sanitarios, espacios de singular importancia para ella, así como con el resto de complementos que una residencia que se precie debería poseer.

En ese clima favorecedor se desenvolvía la familia Quiñonero Zaldívar, salvo los pequeños incidentes que, como bien sabemos, origina la convivencia cotidiana. Justo había sido reconocido recientemente en su trabajo, distinguido con una mención honorífica por sus quince

esforzados años de servicio en la empresa, entrega que se produjo en el despacho del director general y en presencia de la familia. Sebastián, el mayor, ya concluidos sus estudios de enfermería, le había expresado a sus padres el deseo de abandonar el hogar familiar y construir una vida nueva e independiente junto a una joven que resultó ser de origen finlandés, decisión que ellos consideraron lógica al haber rebasado su primogénito la barrera de los treinta. Samuel, el hijo intermedio, de catorce años, crecía con los inconvenientes intuidos en esa edad, pero alejado de conflictos serios que convenga mencionar. Por último se hallaba Rubén que, al menos hasta ese instante, no les provocaba ningún tipo de alarma. La diferencia de edad que separaba al primogénito del resto de sus hermanos, tenía como causa fundamental el haber pasado el matrimonio por un periodo largo y difícil, en el que la precariedad laboral por la que se vio obligado a transitar el cabeza de familia aconsejó no aumentar el número de hijos hasta ver resuelta por completo esa situación.

Para que una realidad confortable se malogre y alcance a enturbiar la convivencia familiar, a veces tan solo es necesario un elemento que, en esencia, bien podría ser calificado de insignificante. Y el responsable primigenio, el causante de todo, no fue otro que el deseo de complacer, una vez más, a su esposa, a la que propuso instalar, adosado a la fachada sur de la vivienda, un entramado de tablas por el que se debería

enraizar una hermosa hiedra que treparía hasta el cuarto de su hijo Samuel. Rebeca se sintió feliz por lo que interpretó como una idea brillante que le daría a su nueva morada un claro toque de distinción, y se lo hizo saber a su marido con un tono que rozaba la euforia.

—¡Tu idea me parece magnífica! Quedará estupendo. Fíjate, con la cantidad de horas que le he dedicado a la decoración de la casa y, sin embargo, jamás llegué a pensar en este maravilloso detalle. Es extraño. No entiendo cómo, después de haberlo visto en algunas películas y en numerosas revistas de decoración, no se me ha ocurrido.

Concluida la colocación de la tablazón de madera, Justo creyó oportuno reunir a la familia al completo. Imaginaba que ese montaje podría originar algún que otro percance y, con la sola intención de anticiparse a esos posibles problemas, se dirigió a ellos:

—Me alegro de que os haya gustado pero, después de haberlo observado con más detenimiento, intuyo potenciales peligros. Sabéis que soy una persona a la que no le gustan las sorpresas, por eso me dirijo a los más pequeños: a Samuel y, más en concreto, a Rubén. Sé que os será muy tentador y que os sentiréis impulsados a trepar por él, pero debo advertiroslo: cualquier descuido, cualquier fallo en las tablas, os podría ocasionar un grave perjuicio. Pensad en una pierna rota o en algo por el estilo y lo comprenderéis a la perfección. Y pienso en ti, sobre todo en

ti —y se volvió y destinó sus palabras hacia su hijo menor—. En ti porque te conozco demasiado y dudo sobre si lo intentarás hoy mismo o si resistirás hasta mañana. El reuniros a todos, en este caso me refiero a los mayores, es para que procuréis que olviden su existencia y recuerden que su única función debe ser la estrictamente decorativa.

Rubén, que en los próximos días celebraría su decimotercer cumpleaños, cuando apenas habían trascurrido dos horas desde la charla de su padre, ya había escalado por el entramado de tablas en innumerables ocasiones y no cesó en sus ascensos y descensos hasta sentirse colmado en sus deseos. Favorecido por sus todavía escasos años y por una agilidad y energía innatas, no paraba ni un solo minuto. Jamás tendría problemas en esa escala vertical; con el mismo irrefrenable ímpetu que le dedicaba a cada nuevo descubrimiento, con la misma rapidez, era abandonado por otra nueva iniciativa, por lo que él analizaba como otra apasionante aventura.

Samuel ya había invitado previamente a sus dos mejores amigos: Paola y a Roque, más conocido por Josi, a conocer su nueva casa. Pasado un tiempo, con el entramado de tablas ya terminado, quedó con él para mostrárselo. Josi fue el primero en probarlo (si exceptuamos a su hermano menor, circunstancia de la que ellos no tenían constancia en esos momentos). La experiencia, según su amigo, había sido extraordinaria y le animó a que lo intentara, ya que la sen-

sación de vértigo al alcanzar su cuarto y llegar a lo más alto fue indescriptible. Mientras se decidía a acompañarlo o decantarse por hacerlo solo, no pudo evitar recordar las palabras de su progenitor cuando este le advertía de las posibles consecuencias: “Esto va en serio. Te podrías hacer mucho daño y, además, yo me enfadaría contigo, pues no podrás alegar que no fuiste advertido”.

Y se lo pensó una y otra vez, hasta que al final se decantó por no secundar sus sugerencias, ni tan siquiera cuando se ofreció a acompañarlo.

—No lo haré, tío. Te pongas como te pongas, por mucho que me des la paliza, no lo haré. Las alturas me dan un miedo que no veas y me trae sin cuidado que pienses de mí que soy un “pringao”. Que más quisiera yo, pero lo dejaré para otro momento, para cuando lo vea un poco más claro.

Lo meditó durante un prolongado periodo de tiempo. No iba de valiente por la vida, pero tampoco le agradaba quedar ante su amigo como un cobarde. Temía que a Josi se le escapara algún comentario ante el resto de compañeros de clase. Tenía referencias sobre hechos acaecidos en anteriores cursos que le ponían los pelos de punta y otros de similar gravedad que no tenían que contarle, pues los había presenciado con sus propios ojos. Todavía recordaba los rumores que corrían por el centro, en los que se contaba, curso tras curso, el permanente acoso al que fue sometido un alumno por un tal Ernesto Valladares, conocido en aquel periodo por “La Trituradora”. Esa persecución solo cesaría cuando el padre del jo-

ven tuvo conocimiento de ese atroz sufrimiento y decidió mantener una tensa conversación con ese ser monstruoso. Quería pensar que Josi lo quería y respetaba de veras; por esa razón, desoyendo los consejos de su padre, decidió intentarlo.

Consiguió quedarse solo, aduciendo que un fuerte dolor de cabeza le impedía acudir al partido de baloncesto en el que participaría Rubén y al que asistiría toda la familia al completo. Adoptó todas las precauciones que podamos imaginar, haciéndose con un arnés y una cuerda provista de un grillete con el que sujetarse, y decidió que no continuaría la ascensión hasta haber asegurado la posición. Haría caso a su amigo, sobre todo cuando le mencionó: “ojalá nunca haya un incendio pero si lo hubiese, podrías escapar por esa escala y salvarte”. Y después de haberlo conseguido en cuatro ocasiones, cuando ya se sentía seguro, se produjo el incidente. Se rompió una tabla y el joven, con todos los elementos de seguridad incluidos, se precipitó hasta el suelo desde cinco metros de altura. Y allí, sobre el chinarro que cubría esa zona del jardín, se vio obligado a permanecer acompañado de los terribles dolores que le ocasionó el brutal impacto de su cuerpo sobre esa consistente e irregular superficie. Más tarde, las pruebas radiológicas confirmarían que se había fracturado la rodilla de su pierna derecha. Todo cambiaría pues la armonía que reinaba en el hogar de los Quiñonero Zaldívar daría paso a largos meses de distanciamiento e incomprensión.

